# CONFIAR Y TRABAJAR

**Juan Carlos Fernández Menes** (Diario de León, 25-II-2017)

Jesús, que nos conoce, desenmascara abiertamente las justificaciones más "nobles" (es un decir) que nosotros solemos buscar para legitimar nuestra idolatría del dinero. Lo hace con tres comparaciones llenas de poesía y encanto: las aves del cielo no siembran ni siegan ni recogen en graneros, pero son alimentadas; nadie, por mucho que se afane, puede cambiar su propia estatura; los lirios del campo no hilan ni tejen y, sin embargo, están muy bien vestidos. Es este uno de los pasajes evangélicos más bello, tanto en lo literario como en lo doctrinal. Es una verdadera pieza de antología. El destinatario es el hombre de cualquier época en cualquier lugar del mundo. No es difícil reconocer que estas palabras son verdaderamente cautivadoras y, además, a medida que reflexionamos, acaban a la vez por ser de lo más sencillo e inteligible. ¿Cómo compaginar las evocaciones poéticas de Mateo con la situación miserable en que se encuentran sumergidos centenares de millones de seres humanos? ¿No está más que justificada la inquietud del hombre, cuando todos nos preguntamos cómo podremos sobrevivir simplemente en este mundo descentrado y salvaje? ¿Nos echaremos en brazos de una magia sobrenatural o nos conformaremos con suscribir una póliza de seguro celestial contra los infortunios temporales? ¿Qué haremos con el espíritu de solidaridad y con la misma caridad cristiana? Una tentación inmediata es la de dulcificar las palabras de Jesús. Pero la Palabra de Dios no se deja acomodar: la única actitud noble es la de escucharla, acogerla y dejarse transformar por ella. Veamos breve y sencillamente lo que la Palabra nos dice.

Ante todo, Jesús no invita ni a la pereza ni a la irresponsabilidad: las aves no dejan de "trabajar" para encontrar su alimento; los lirios del campo no dejan de hundir sus raíces en la tierra para mantener la frescura y viveza de sus vestidos. La inactividad y la despreocupación están condenadas por el sentido común y por el Evangelio (véanse las parábolas de los talentos). El humor discreto de Jesús subraya todo lo que tiene de irrazonable la inquietud exagerada de los hombres: el hombre no es ni un lirio del campo ni un pájaro del cielo, sino que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios; por eso mismo es providencia para sí y providencia para los demás. Apostar por Dios y su propuesta de vida quiere decir que hemos de ser luchadores natos a favor de la persona, la vida, la libertad y la esperanza para todos. No se trata de repartir, sino de compartir el ser y la vida. Y hacerlo con una convicción firme y segura: aunque la madre se llegara a olvidar del hijo de sus entrañas, Dios no se olvida de nosotros. Más aún, aunque su Providencia se confía a nuestras manos, Dios no es una "asistenta para todo" que suplirá nuestras deficiencias. Ha puesto su mirada y su Espíritu en nosotros para que cada uno seamos instrumento en sus manos, sin olvidar que el Evangelio se vive, se anuncia y se comparte solo con métodos evangélicos. Aquí no vale poner "una vela a Dios y otra al diablo".